

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

TEMA 5: CUANDO EL MANANTIAL SE SECA: BAUTISMO Y REGENERACIÓN

1)	INTRODUCCIÓN	1
2)	¿CÓMO REABRIR EL MANANTIAL?	1
3)	EL JORDÁN, FUENTE DE REGENERACIÓN	2
4)	EL JORDÁN EN QUE SE BAÑA NAAMÁN EL SIRIO: DESHACER EL MAL QUE HEMOS HECHO	3
5)	EL JORDÁN PASADO POR JOSUÉ: VOLVER A LA TIERRA	4
6)	EL JORDÁN PASADO POR ELÍAS: APUNTAR AL DESTINO COMÚN.....	4
7)	CONCLUSIÓN: EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA, PASO DEL JORDÁN	5
8)	PRÁCTICAS	5
9)	PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO	5

1) *Introducción*

La vida moderna con su ajetreo descansa mucho y hacen falta lugares que refresquen y regeneren. Para algunos será la montaña, la lectura o el cine, las conversaciones con los amigos...

Pero a veces nos aqueja un mayor mal, cuando se nos acaba el empuje motor y el caudal que mueve el río. Los antiguos hablaban de la acedia, que es el aburrimiento para obrar, y también falta de alegría ante las cosas buenas. Entonces no basta con estas escapadas y hay que preguntarse: ¿podemos volver a ese manantial que propulsó desde el principio nuestro camino, para que siga manando?

Esta pregunta se puede hacer, no solo a cada persona aislada, sino también a cada familia. Pues en la vida familiar hay roce y desgaste, hay suciedad que se acumula y acaba impidiendo recibir el agua fresca que nos unió al principio y nos lanzó a la aventura. ¿Qué hacer para volver al manantial, para hacer que éste fluya de nuevo? La clave está en la fuerza escondida de nuestro bautismo.

2) *¿Cómo reabrir el manantial?*

Es una pregunta necesaria para esta Cuaresma. Pues hay muchas formas en que puede obstruirse el manantial familiar, que brota del Creador que ha unido a hombre y mujer y les ha confiado a sus hijos. La lejanía de manantial puede describirse desde el vicio de la “acedia”, que es una especie de pereza y flojedad unidas a la tristeza.

La acedia era llamada por los antiguos monjes “el demonio del mediodía”, porque ataca precisamente a esa hora, cuando el sol está en lo alto y el monje lleva ya sobre sí el peso de la jornada, queda todavía mucho para la comida y se alargan las horas de lectura en la celda. Además, la luz está en su esplendor, y todo parece claro por sí mismo, como si no hubiera misterios que descubrir y la estrecha celda fuera sólo una estrecha celda. La acedia se manifiesta como deseo de huir del espacio concreto donde el monje habita y de su concreta actividad. Empieza a mirar por la ventana, cuenta las hojas que le quedan de lectura, quiere huir de su aquí y ahora, que ya no le dan frescura ni ilusión.

Esta acedia no acecha sólo a los monjes, sino que tiene también su forma familiar. Se ve también como deseo de huir del presente, del aquí y ahora. Se piensa, como dicen los ingleses, que tal vez la yerba sea más verde en el jardín del vecino. Se buscan compensaciones. Es que ya no se percibe la frescura del manantial que brota en nuestra promesa esponsal y en la relación con cada hijo a quien generamos y nombramos. Hay distintas formas de que se seque el manantial y nos ataque este demonio del mediodía.

En primer lugar, si el bautismo nos habla de un amor originario que nos precede y nos ha unido, podemos cerrarnos a ese amor primero, o simplemente olvidarlo, y entonces el agua deja de manar y pronto el cauce se queda vacío.

Podemos, en segundo lugar, pensar que el manantial somos nosotros mismos, que nos bastamos para sacar adelante la familia. Entonces habremos abandonado la lógica del manantial y pasado a la lógica de las cisternas, que además son cisternas agrietadas (cf. *Jer 2,13*), porque el tiempo se nos va de las manos y no está en nuestro control y se van desgastando las fuerzas y envejecemos.

Llegan, por último, momentos en que empezamos a manar nosotros, pero no agua viva, sino agua amarga (cf. *Éx 15,23-27*), que rompe las relaciones, que ensucia el ambiente de la familia. ¿Cómo regenerar y purificar el torrente?

Pues bien, el bautismo tiene esta capacidad regenerativa que vence a la acedia. No es solo manantial que da vida nueva, sino manantial que hace nuevo lo viejo y limpia lo sucio. Es un manantial a prueba de obstrucciones, lo que se recoge en el adjetivo “incoercible”, pues nada puede retener su curso ni impedir que vuelva a manar. Esta fuerza, como veremos, la recibe el bautismo del sacramento de la penitencia. Para verlo nos puede ayudar el símbolo del río Jordán.

3) *El Jordán, fuente de regeneración*

El Jordán es el río del bautismo, el río de la regeneración. Orígenes dice que el Jordán de los cristianos es Jesús mismo, porque al bautizarnos entramos en Él, bebemos de su manantial, seguimos su corriente hasta desembocar, no en la muerte, sino en la vida eterna. Jesús, ¡Jordán de nuestra familia, nuestro Jordán!

Además, el Jordán del bautismo es un río singular, porque no sigue su curso normal hasta morir en el mar. Gregorio de Nisa habla así de este río nuevo de gracia:

rodea toda la tierra y desemboca en el Paraíso, corriendo en sentido contrario de los cuatro ríos que de allí descienden y llevando al Paraíso

cosas mucho más preciosas que las que de allí salen. Porque éstos llevan perfumes, el cultivo y la fecundidad de la tierra; aquél lleva hombres, engendrados por el Espíritu Santo.

Es decir, es un río que nos conduce al origen, regenerando nuestra historia y propulsándola de nuevo desde su fuente. Esto significa que este Jordán que nos mana dentro, por el bautismo, tiene capacidad de renovar nuestra historia como familia, como esposos y padres y hermanos.

Podemos fijarnos en tres baños distintos en el Jordán que nos narra el Antiguo Testamento como profecía de Cristo. Representan tres momentos de regeneración, obrados por el bautismo a través de la penitencia. Está la historia de Naamán, el leproso que quedó limpio en el río. Está Josué, que atravesó el Jordán para entrar en la tierra prometida. Y está el profeta Elías quien, antes de subir al cielo en un carro de fuego, atravesó también el Jordán.

4) *El Jordán en que se baña Naamán el sirio: deshacer el mal que hemos hecho*

Conocemos la historia de Naamán (2Re 5). Alto funcionario de un rey extranjero, contrae la lepra y viene a pedir ayuda a Eliseo profeta. Eliseo le pide que se bañe en el río Jordán siete veces. Aunque primero Naamán se irrita ante esta petición (¡mayores ríos hay en mi tierra!), se deja luego convencer por sus siervos. Si el profeta le hubiera pedido algo difícil, lo habría hecho. Cuánto más si le pide algo sencillo, cuya única dificultad estriba en ser humilde para aceptar el signo. Naamán se aviene a bañarse, y su piel volverá a ser pura como la de un niño. Aquí veían los padres de la Iglesia nuestro nuevo nacimiento en el bautismo, que nos quita todo pecado. Podemos ver también el sacramento de la penitencia, que nos regenera tras haber caído.

Las siete veces que se baña Naamán en el Jordán nos dicen que el perdón requiere tiempo. El siete es el número que abarca la historia del hombre, desde los siete días de la creación que ritman cada semana.

Este tiempo es necesario porque el perdón supone aprender a mirar de otra forma al hermano, que es nuestro cónyuge en el caso del matrimonio. Es necesario volver a esperar en él, entendiendo que su culpa no es la última palabra sobre él, que el horizonte sigue abierto a pesar de todo. ¿Es posible esta mirada distinta?

Lo es si vemos a nuestro cónyuge a la luz de su origen, es decir, a la luz de su bautismo, donde Cristo lo rescató y le hizo hijo del Padre. Este origen está representado por el río Jordán, que brota de un manantial inagotable. Si Cristo espero en él, también nosotros podemos. A la vez, nuestro bautismo nos mueve a perdonar, pues tenemos dentro una fuente que brota del perdón que Cristo nos ha dado, y que nos empuja a perdonar a nuestra vez. San Agustín llamaba así al Padrenuestro, donde pedimos perdonar y recordamos que hemos sido perdonados: bautismo cotidiano.

Este perdón se puede relacionar con uno de los remedios que se daba contra la acedia. Este remedio era el llanto, como expresión de que necesitamos ser salvados, de que no nos bastamos a nosotros mismos. Es una invitación a despertar de nuestro adormilamiento y reconocer que necesitamos perdonar y ser perdonados.



5) *El Jordán pasado por Josué: volver a la tierra*

El Jordán fue protagonista también cuando Josué introdujo al Pueblo en la tierra prometida (*Jos 3*). Mientras la travesía del Mar Rojo es signo del bautismo que nos libra de la opresión del pecado, el Jordán se pasa, no para escapar del mal, sino para entrar juntos en la tierra prometida, que mana leche y miel.

La tierra indica que se comparte un mismo fundamento. Pues sobre la tierra común cae la misma agua, sopla el mismo viento para llevarse las semillas, brilla el mismo sol. Además, la tierra indica que compartimos destino, porque compartimos el fruto que produce la tierra.

Así que cuando recibimos el bautismo, y el sacramento de la penitencia que lo actualiza, es como atravesar el Jordán para edificar en la tierra. La penitencia, al darnos el perdón, no solo restaura nuestra relación con Dios, sino también las relaciones entre nosotros. Pues Dios nos hace manantial de gracias para nuestro cónyuge e hijos, y el pecado nos impide transmitir su amor a los que Él nos confía.

En este punto el paso del Jordán por Josué queda recogido también en la historia de Naamán. Una vez curado Naamán vuelve a su país, pero se lleva una carga de tierra de Israel. No puede permanecer en la Tierra Santa, pero puede llevarse algo de esta tierra para adorar en ella a Dios.

Naamán ha entendido que el perdón no puede ser un evento puntual. El perdón tiene sentido porque le reintegra en una comunidad viva. La tierra representa el ambiente donde puede crecer un jardín. La lepra, que dividía su cuerpo y que le dividía de los hombres, cesa sólo cuando Naamán entra en la unidad del pueblo elegido.

Aquí podemos enlazar con otro remedio contra la acedia, que consistía en permanecer en el lugar asignado. Uno de los consejos que se daba era: “si tienes hambre, come; si tienes sueño, duerme; pero nunca abandones la celda”. Apliquémoslo a la familia. No abandonemos esas relaciones que se nos han confiado y a las que pertenecemos, porque ahí está nuestra salvación. Cultivemos la tierra cuyo fruto es nuestra propia plenitud.

6) *El Jordán pasado por Elías: apuntar al destino común*

Está, por último, el paso del Jordán por parte del profeta Elías. Elías pasa el Jordán justo antes de subir al cielo en un carro de fuego. Aquí el Jordán aparece como frontera para lanzarnos al porvenir, a la plenitud de nuestra vocación. Y es que el pecado nos detiene en el camino y no nos deja avanzar.

Esto nos invita a mirar hacia el futuro, al proyecto común que nos une. Cuando en el matrimonio dijimos “sí, quiero”, no estábamos diciendo simplemente: “sí, *te* quiero”. Dijimos “sí, quiero” porque acogíamos un proyecto de Dios para nosotros. Lo que queremos juntos es ese proyecto común, y eso es lo que nos une.

En la vida del matrimonio y de la familia el sentimiento de unidad puede fluctuar, tener baches y momentos álgidos, y eso es lógico. Estas fluctuaciones no nos alarman, pues no son los sentimientos lo que radicalmente nos une, sino el proyecto común que hemos acogido al fundar nuestra familia. Y este proyecto nos ha sido dado por Dios.

También el sacramento de la confesión supone que se abre de modo nuevo el futuro. Somos reintegrados a un proyecto común y lanzados de nuevo hacia este proyecto. No solo se regenera nuestro pasado, sino que se reabre nuestro porvenir. Gracias al perdón, pasamos de nuevo a ser actores en una obra compartida. Como Elías, tras el Jordán Dios nos propulsa para encauzar la vida hacia Él.

Y aquí tenemos también un remedio contra la acedia, la cual nos aleja del manantial. Para vencer la acedia los monjes aconsejaban pensar en nuestro destino último, al que estamos llamados. Se puede leer así este consejo, aplicándolo a la familia: “Piensa en la fecundidad de los dones que te han sido confiados en tu matrimonio, en tus hijos, en otras familias con las que formas alianza. Reconoce esos dones, pues así te vendrán ganas de cultivarlos para que den el máximo fruto”

7) Conclusión: el sacramento de la Penitencia, paso del Jordán

Podemos ver estos tres baños en el Jordán recogidos en las tres acciones del penitente en el sacramento de la Penitencia: confesión, contrición, satisfacción.

La historia de Naamán nos recuerda la *confesión*, pues en ella narramos nuestra historia unida a la historia de Cristo, que es el nuevo Jordán. Requiere la confianza de un signo humilde que se dice en palabras sencillas ante los oídos humildes de un humilde representante de Cristo. Se confirma lo que sabemos de sobra en la familia: que para pedir perdón no basta sentirlo, sino que hay que hablarlo. Y que también es necesario pronunciar y escuchar: “te perdono”.

El paso del Jordán por Josué, nos recuerda la *contrición*, es decir, ese acto de amor por el cual reconocemos nuestro pecado y nos abrimos a Dios y a los hermanos, volviéndonos a plantar en la tierra que Él nos dio. El perdón no nos toca sólo individualmente, sino en relación. Se regeneran no solo las personas, sino los vínculos que las unen entre sí.

El paso del Jordán por Elías, antes de marchar al futuro último, nos recuerda la *satisfacción* (esa penitencia que nos pide el sacerdote, pero también todo lo que hay de aflictivo y costoso en el sacramento). Esto significa que somos capaces de participar en la reconciliación. Dios nos devuelve su fuerza para obrar, haciéndonos partícipes de ella.

En esta Cuaresma el Jordán que es Jesús corre hacia la Pascua. Como familia, nos sumergimos en Él para morir y resucitar juntos.

8) Prácticas

Durante la Cuaresma podemos realizar un festival familiar del perdón. El núcleo es ir juntos a confesarse y tener luego una comida de celebración. Cada familia puede añadir también una lectura común de la palabra, y puede ser ocasión también para pedirse perdón y recibirlo de los demás. O podemos hacerlo junto a familias amigas.

9) Preguntas para el diálogo

1- ¿Hay acedia en mi familia? ¿Cómo superarla?



2- Comenta los distintos modos en que la acedia ataca al dinamismo bautismal.

3- ¿Qué te aportan los baños en el Jordán de Naamán, Josué y Elías para tu vida conyugal y familiar?

4- Comenta la relación entre las partes del sacramento de la penitencia y las tres historias que relata el tema. ¿Cómo correr con Jesús hacia la Pascua?